

FRENTE AL MAR

(Málaga. Enero de 1909.)

A NARCISO DIAZ DE ESCOVAR Y ARTURO REYES

En tanto el Sol declina,
dice una voz, amable, peregrina:

“No te duelas de tu sombra,
que es lo mejor de lo bueno.
Anda y encuentra, si puedes,
un cielo como tu cielo.”

Canta un zagal, con voz que me enajena.
¡ Cuán firme voz la del gallardo mozo,
bien si dice las ansias de la pena,
bien si pregoná la bondad del gozo!
¡ Cómo vibran sus dulces inflexiones!
¡ Qué galanas canciones!

¡ Oh, las coplas, las coplas populares,
en campiñas y mares,
para amores y gozos y pesares!

Pasa el zagal, y dice con dulzura,
cantando nuevamente,
mientras el Sol recuesta su hermosura
sobre cumbres gigantes, en Poniente:

“Anda y busca por los cielos.
por toditas sus estrellas,
una mar como la tuya
que bese más sus arenas.”

Estoy en *Miramar*, el malagueño,
donde vivo, calmando mis dolores,
una existencia que parece un sueño,
preñado de zozobras y terrores;
un vivir infecundo,
de una grande y estéril amargura,
que á veces, por mi mal, se me figura
un vivir de otro ser, en otro mundo.
¡ Con qué voz... con qué voz transmitiría

toda la angustia mía,
 tan raigada, tan fiera?
 ¿Con qué palabras de dolor dijera
 mi profunda, mortal melancolía,
 mis acerbos dolores;
 ora que muere, con su luz, el Día,
 besándome con tibios resplandores?

—

¡Oh, *Miramar*, tan bello, tan galano;
 donde procuro en vano
 todo el bien que me niega mi Destino;
 centinela de Málaga, serrano;
 por vivir entre flores, tan ufano;
 del *Limonar*, precioso, tan vecino!
Miramar, tan hermoso: ¡quién te viera,
 bajo el Sol de la rubia Primavera,
 con tus casas campestres, tan flamantes,
 y al relucir sus lípidos tejados...!
 ¡Serán como brillantes,
 en montes primorosos engarzados!
 ¡En risueños jardines
 que engalanan magnolias y jazmines!

—

Es verdad. No el Invierno que me espanta
 desluce tus primores,
 por ser, sin duda, tu belleza tanta.
 Los almendros, en flor, lucen sus flores
 sin temor á los vientos invernales,
 y el aire que respiro lleva olores
 puros, primaverales...
 Sorprende tu hermosura
 mientras allá, por tierras de Castilla,
 la gran tristeza del Invierno dura,
 y el Sol apenas, venturoso, brilla;
 mas, ¿qué será tu mágica ventura
 del Sol de Abril al rayo?
 ¿Qué será, cuando muestre su ternura,
 para el hombre infeliz, el sol de Mayo?

—

¡Cuán bello panorama, cuán radiante,
 mis ojos ven, sintiendo
 que transcurra, sutil, el leve instante!
 ¡Cuán hermoso, cuán vario, lo sorprendo!
 El mar admiro enfrente,
 que júntese, por fin, al horizonte;
 Málaga, bellamente,
 se esparce por un lado; por Oriente,

luce sus frondas el florido monte.
Y á mi espalda también. ¡Monte risueño!...
¿Cómo no, si se siente malagueño?

—

Todo lo baña el Sol, con viva lumbre,
desde el bruído mar hasta la cumbre.
Todo lo baña el Sol, con resplandores,
por últimos, acaso los mejores,
en tan bella jornada;
con una luz dorada,
que parece tramada
con matices de flores...
Lentamente se extinguen sus reflejos;
tramonta al fin las cumbres de la sierra...
La penumbra me aterra
que va ganando el mar, lejos, muy lejos,
y en torno á mí la tierra.

—

¡Oh, cuán solemnes, adorables horas!
Por el mar se avecinan
las barcas pescadoras.
Lentamente caminan.
Marcharon mar adentro...
Las ondas las fascinan...
Un menudo vapor corre á su encuentro.

El mar, azul, ya pierde
su color peregrino.
Va tornándose verde,
gris, muy gris, blanquecino...
Y en tanto, cunde la penumbra vaga,
de color opalino,
que toda luz apaga;
que del mar y la tierra se desprende;
que, sin cesar, levisima se extiende;
mientras brillante, sola,
sobre el puerto se enciende
la clarísima luz de la *Farola*.

—

Muy distantes, apuntan, por instantes,
las costas africanas.
A favor de las sombras. ¡Cuán distantes!
Con la luz que se extingue. ¡Cuán lejanas!
Un peñón... ¿Cuál peñón?... Desdibujado,
el contorno de un gran acantilado...
Siento sonos vibrantes, penetrantes,
de campanas cristianas,
muy lejanas también... ¡Oh, cuán vibrantes
las lejanas campanas...!

—

Dulce sopor me postra, lentamente.
 Ya el crepúsculo mismo va muriendo.
 Vaga, confusamente,
 me manda la ciudad su loco estruendo.
 Mis párpados se cierran. ¡Dios clemente,
 qué emoción! ¡Qué dulzura
 la del sutil ambiente!
 ¡Qué paz, la de los cielos! ¡Qué hermosura!
 Si nada, nada, miro,
 ¡con qué placer, Dios Santo,
 por tanta paz, respiro...!
 ¡No sufro!... ¡No deliro!
 ¡Nadie rompa mi encanto!

Vuelve el zagal. Su voz que me enajena
 dice á la Noche, que cundió serena...

“Bendígate Dios, la Noche,
 con tanto y tanto lucero;
 con estrellas tan preciosas,
 ¡que son las flores del Cielo!”

Torno á ver. Encendidos,
 por puertas y ventanas y balcones,
 los *hoteles* contemplo, tan unidos,
 del bello *Limonar*.

Tornan los sonos
 de las campanas, dulces...

...Juraría
 que en tanto que soñaba, si dormía,
 cayó sobre los mágicos *hoteles*,
 tan guardados por mirtos y laureles,
 una lluvia copiosa
 de gusanos de luz, color de rosa...

—
 Ya la noche domina.
 Ya el zagal á su choza se encamina
 que con el alba deja.
 Ya canta, con amor,—canta y se aleja,—
 por distante colina:

“¡Bendígate Dios, mi novia;
 flor galana, luz del Cielo!
 ¡Bendígate Dios, camelia!
 ¡Bendígate Dios, lucero!”

¡Dirija Dios tus pasos por el mundo
 gentil zagal, y premie tus amores...!

.....
 ¡Oh, silencio profundo,
 que me tornas feliz! ¡Oh, ruiseñores,
 que lo turbáis á veces, melodiosos!
 ¡Oh, sueños; oh, reposos

de las horas de paz! Nace la Luna,
magnífica, serena...
Refulge tanta duna.
Brilla la mar. Se llena
todo el monte de luz. Brilla tranquilo...
Monte y mar, halagüeños:
mi vida protegida, en tal asilo.
¡ Mis ensueños, volved! ¡ Tornad, ensueños...!

SOMBRAS QUE PASAN

Miro á las ondas. Sobre las ondas,
entre sus aguas,
sombras veloces
pasan y pasan...

—
Sombras del humo,
de grandes buques;
del humo leve que forma rizos,
del humo vago que al cielo sube.

—
Sombras muy lindas...
Rápidas sombras,
que dan al aire, que dan al agua,
las gaviotas...

—

Y al fin... ¡cuán bella!,
—¡por fin! ¡Dios Santo!—
la errante sombra
de un *aeroplano*...

—
Pasan y pasan,
entre las aguas,
bajo las ondas,
sombras y sombras...

—
Pasan y pasan... Y el mar se queda,
cuando se borran,
como aguardando;
cual si las sombras
lo acariciaran,
—¡oh mar liviano!—
cual si las sombras
fueran halagos...

LOS BUQUES DIALOGAN...

...Dialogan entre sí; se comunican
con la tierra también, á gran distancia.
Desde tierra, los hombres les replican.

—
Dialogan y dialogan...
Las nuevas que tuvieren importancia
mar adentro reciben.
Contestan ó interrogan.
Con que gozosos y avisados viven.

—
Con que al cabo se sienten
mejores: más seguros, más tranquilos.
Progresos portentosos lo consienten,
por gracia del telégrafo sin hilos.

Y es de admirar, mil veces, mar adentro,
sobre el mar misterioso, tan profundo,
cómo corren los buques, al encuentro
de las noticias que les manda el mundo...

—

Y á las veces, también, cómo se entienden
los buques y los buques, separados
por distancias enormes.
¡Cuántas nuevas aprenden!
¡Cuál siguen, más á gusto, más osados,
con tan ciertos informes!

—

Mientras los aires, que tan bien transmiten
nuevas que regocijan, ó que espantan,
asombrados repiten
glorias del hombre, cuando no las cantan...

ENSUEÑOS

Sobre las ondas del mar Pacífico,
sobre las aguas del mar del trópico,
surgen las islas, islas en flor.
¡Entre las aguas del mar, clarísimas;
sobre las aguas del mar, espléndidas;
bajo la franca risa del Sol!

—

¡Ah, mis ensueños, dulces y lánguidos!
Lejos del mundo que miro, lúgubre,
¿no se calmara mi loco afán?...
¡Ah, quién cruzara los aires lípidos!
¡Quién abordara las islas pródidas,
flores del trópico, flores del mar!

—

¡Ah, mis ensueños! ¡En isla mágica,
mirar los ojos de virgen púdica,
gozar la dicha del buen amor;
gustar perfumes de tiernos árboles;
sentir, amando, la Vida múltiple...!
¡Bajo la franca risa del Sol!...

“LA LIBERTAD ILUMINANDO EL MUNDO”

...Estaba en Nueva York, cuando llegaron
los trozos de la estatua
que la nación francesa, grande y fuerte,
á la ciudad de Nueva York donaba;
los trozos que, reunidos
prontamente, formaran
la estatua, ya famosa,
por manos de Bartholdi modelada.
Un transporte de guerra los condujo
desde la Madre Patria.

—
La gran *Ciudad-Emporio*,
la soberbia ciudad americana,
con muestras mil de gratitud gozosa
pagó el regalo de la noble Francia.

Poco después, sobre las firmes peñas
de un islote del puerto,—*Bedloe Island*,—
la ingente, la magnífica figura
de la sublime Libertad se alzaba;
contemplando, gozosa, la belleza
de la admirable rada,
en la que el ancho *Hudson* y el *East River*
juntan al mar sus abundantes aguas.

—
¡Oh, sublime figura
la de la inmensa, colosal estatua!
¡La figura sublime
de la bendita Libertad humana!
“La Libertad, iluminando el mundo,”
que sus fulgores mágicos aguarda;
por encima de cumbres altaneras,
¡con la luz de su antorcha soberana!
Lanzando luces á los puros cielos;
sobre las densas ondas, encalmadas,
del puerto bienhechor; sobre las torres,
los templos, los palacios y las casas
de ciudades vecinas; por las tierras
fértiles, dilatadas,

que ciñen, sin cesar, á las ciudades,
con frondas del color de la esmeralda...

—
¡Oh, sublime figura,
la de la inmensa, colosal estatua!
Los ojos torna al mar, que allá, muy lejos,
hasta el gran horizonte se dilata.
A Brooklyn, Nueva York y Jersey City
vuelve la quieta espalda.
Los buques á sus pies,—¡oh cuántos buques!,—
alegremente pasan...
Los grandes trasatlánticos, que llegan
de la Europa lejana:
palacios admirables que, en las ondas,
con orgullo de nobles se retratan.
Los vapores pequeños,
de porte alegre, si de humildes trazas,
que estremecen los aires
con recias voces de silbatos, agrias.
Los enormes “veleros”,
las goletas audaces. Las barcazas,
en perenne trajín, de muelle á muelle,
por vapores menudos remolcadas...
Y en tanto, venturosa,
la colosal imagen se levanta;